

Desde Copenhague ...

BERTA PALLARES

Querido Pedro: siempre a cuestras con la comunicación. Cuando no son unas barreras, son otras. Cuando no son unas fronteras, son otras.

Ahora no sé a dónde enviarte la carta en la que continúo, como te prometí, la charla interrumpida la última vez que hablamos aquí Alfonso, tú y yo. ¿Recuerdas? Hablábamos de todo lo que tenía que ver con la comunicación, incomunicación, tal vez.

Tú nos preguntabas por nuestra comunicación con los daneses. Querías saber cómo se pueden hacer compatibles mundos tan distintos. Alfonso no estaba detenido por la barrera de la lengua. Dominaba el danés. Yo, entonces, sí estaba limitada por la barrera de la lengua: no me servían ni el español, ni el sueco, ni el francés, ni el alemán. Podía hablar, pero no comunicar. Lo entiendes. Alfonso se sentía a gusto en Dinamarca y se sentía a gusto dentro de la lengua danesa. Él me enseñó a amar a este país y a sus gentes.

En realidad, de lo que hablábamos —superada la barrera de la lengua— era de la incomunicación humana, en concreto. Algo que se da o no se da y que no depende, en el fondo, sólo de la lengua. Hablábamos de la necesidad de poblar la soledad, que es una manera de comunicación, desde otro tipo de premisas. Pero ¿cómo dar cuenta a nuestro posible receptor de este poblar? ¿cómo hacerle llegar el mensaje? ¿en qué zona puede desviarse y, acaso, perderse?

Cuando bordeábamos el desconsuelo —y un poco la pedantería de la deformación profesional con nuestros mensajes, actantes, campos referenciales, códigos...—, Alfonso nos consoló con su «ciencia de lo evidente» y nos trajo de nuevo a la lengua llana y a la realidad en las que casi todo se entiende, él tan pragmático a veces.

En medio de lo serio que amedrenta —ese miedo que se asoma por entre las tazas del café o por entre las copas del vino, el miedo a lo desconocido e indomitable—, Alfonso nos dijo que bueno, que lo primero que había que hacer para comunicarse con los daneses, era estudiar la lengua e intentar ver qué había *detrás de esa lengua y de esa manera de pensar e intentar explicar, a ser posible en danés*, lo que había detrás de las nuestras. Luego, ya se vería. Pero de estudiar la lengua no nos podíamos escapar si no queríamos que nos pasase —y más de una vez— lo que a los de Skalkendrup.

Nos reímos, y yo, claro, que vivo aquí, tomé nota del inciso. Me enteré, más tarde, por mi propia cuenta, de lo de los de Skalkendrup. Pero aquel día tú querías saber, siempre saber, más cosas. Saber más cosas era lo tuyo, Pedro. Y no saber sólo de lingüística románica. Saber, a tu manera y a tu ritmo. No todos lo entendieron. A veces sólo entendemos la sabiduría si va dentro de un libro muy erudito, muy gordo, con mucha bibliografía, con muchas palabras nuevas. Ahora, Pedro, a lo mejor lo sabes ya todo. Pero aquella tarde de tu primer encuentro con Dinamarca y con los daneses querías saber más sobre los daneses, luego, en los días siguientes querías saber sobre sus guerras, su sociedad, su literatura, sus leyendas; necesitabas pisar más seguro durante el tiempo que ibas a vivir aquí. Aquellos días de comunicación que no se interrumpía. Querías saber qué se escondía tras una lengua que te parecía «arcana» —decías— y, sobre todo, tratabas de explicarte por qué no habías logrado la comunicación con los colegas daneses que encontraste en el Instituto, quienes te resultaron simpáticos y con los que hablaste castellano.

Yo, un poco fantasma, —la ignorancia es muy atrevida, dijo don Antonio Machado— te prometí que te haría con todo el material posible para entender la constelación españoles-daneses: lo de antes y lo de ahora. Desde entonces ando acumulando «sabiduría». Sólo he cumplido, me parece, con la segunda parte. Lo he logrado, creo, a través de los encuentros contigo aquí, en Madrid, en La Granjilla. Y estos encuentros se hacen ahora más claros, con sus perfiles dichosos, en el recuerdo.

Aquella tarde —todas las tardes del tiempo que permaneciste en Copenhague—, cuando seguimos con nuestro tema, había ya desaparecido, como por artes mágicas, el desasosiego de la charla y tratábamos de comprender el asombro de los daneses de Skalkendrup, según lo que nos contó Alfonso, ante la ira —bien carpetovetónica ya en mil ochocientos y pico— de los españoles; «spanniolerne var rasende», los españoles estaban furiosos. Nos poníamos en lo que creíamos que debió ser el punto de vista de los daneses, porque el de los españoles sabíamos cuál era.

Quando los españoles estuvieron aquí en el país, a comienzos del siglo XIX parte de ellos estaban acuartelados en Skalkendrup (junto a Nyborg). Naturalmente había dificultades para entenderlos cuando pedían algo y un día llegaron los que estaban en Mosegården y pidieron «sibut». Una joven en traje de domingo se fue a Nyborg y trajo «sirup» (almíbar, «jarabe») contenta de haber podido encontrar lo pedido.

Pero los españoles cuando vieron el jarabe se pusieron hechos una furia porque lo que habían pedido era «cebolla».¹

Y ahora yo, «emisora» desdichada, me propongo enviarte lo de las leyendas. Pero no sé dónde estás, tú mi «receptor»; no puedo ni intuir por cuáles campos de pensamiento te mueves, aunque me niegue a la incomunicación. A lo mejor tienes un campo que lo abarca todo y en el que todo signo se traduce o se interpreta en manera «dreita». No sé, no me puedo hacer una idea clara de cómo será esa orilla de luz en la que ahora habitas, habitáis. ¿Qué hago? ¿A dónde te envío esta carta que te debo? ¿Cómo llega el correo a esa orilla donde estás, lejos y cerca, con Alfonso, con María Josefa, con otros a quienes no conozco, con otros a los que sí conozco, con todos aquellos a quienes echo de menos hasta el dolor al escribirte aquí, en mi lujosa celda copenhaguesa?

Estarás con ellos; te habrás reencontrado hace poco, de nuevo, con Poul y los suyos, Poul que sabía mucho de leyendas danesas, con Sven, uno de tus primeros encuentros daneses, con Ebbe, un danés-español o un español-danés —¿quién sabe?—.

Y yo aquí, ahora, en esta orilla, no sé cómo hacerte llegar el mensaje, que quiere llegarte a ti para todos los que estáis en esa otra orilla, en esa posible tertulia a otra luz, en una dimensión incógnita en su más claro y misterioso sentido. Misterio y claridad inaprehensibles.

Ni siquiera nuestro último juguete, el correo electrónico, me sirve, pues tus fronteras de ahora se le escapan, no están en el ciberespacio. ¿Funciona en tu espacio de ahora la ecología de las almas?

Claro, que también estás aquí, pero ya me entiendes lo que quiero decir. De una forma u otra, por los caminos que no están en los mapas ni en los espacios te estará llegando el mensaje en este mismo momento, a través de otro tipo de fax. Te llegará también la pena de que no suene el teléfono para oírte decir: «Estoy en Zürich, ¿os va bien si doy un salto para veros?». E iba bien. De nuevo la ausencia, las ausencias, que con sus aristas limadas a fuerza de razón se aposenta y puebla el hueco de las nostalgias junto a la foto que anda por las estanterías, aquella de cuando te dejamos en Kastrup, camino de Madrid, a tu vuelta de Hel-sinki. Sí, la ausencia está, casi con cuerpo, en los huecos en los que no habita el olvido, Pedro. Quiero pensar que estás, que estáis, en un largo viaje que no ha terminado aún y en cuya vuelta no pienso.

¹ Sin fronteras *Homenaje a María Josefa Canellada*. Madrid, Editorial Complutense, 1994. p. 488. Eds.: B. Pallares, P. Peira y J. Sánchez Lobato.

El texto está tomado de las leyendas danesas en la edición de Eval Tang Kristensen, *Danske Sagn*, I-VIII, København, 1980 (2), Nyt Nordisk Forlag Arnold Busch. El texto se encuentra en IV, A, 11, 287. El primer número romano corresponde al volumen, la letra mayúscula al apartado —casi capítulo—, la primera cifra árabe al párrafo dentro del apartado y la segunda cifra árabe a la entrada. Todos los textos que se recogen en este trabajo sobre las leyendas, si no se indica otra cosa, están tomados de *Danske Sagn*. Las traducciones son mías.

Me animo, pues, a cumplir la promesa de enviarte lo que, hasta ahora, he encontrado que dicen las leyendas danesas sobre los españoles que llegaron a Dinamarca el siglo pasado, que pronto será hace dos siglos.

Lo anterior lo dejen, aunque ya sabes que los daneses se encontraron con los españoles desde la Edad Media, cuando todo era Escandinavia; la primera vez, que se sepa, allá por el año 861; después se encontraron muchas veces más; por lo general los encuentros eran violentos, como corresponde a aquellos tiempos bárbaros que decimos, olvidando que los nuestros, después de tantos siglos, no son menos bárbaros².

Otros nórdicos, daneses entre ellos, fueron en son mucho más pacífico en busca del Fin de la tierra, de Finisterra, y de los verdes tiernos de Compostela o en busca de la gracia y del perdón.

Se sabe de tres pacíficos peregrinos daneses: San Andrés de Slagelse, Jon o Jonas de Sorø y Peder Kæller de Tyrsted, junto a Horsens³.

En busca del perdón llegó también a Compostela Erik Markvardsen, a fines del siglo xv. Vicente Almazán ofrece, traducida al gallego, una oración danesa a Santiago⁴, procedente de un *Espejo de la Sabiduría, Vidsoms Spejl*, de fines del siglo xv.

Con la Reforma se acabaron las peregrinaciones danesas a Santiago. Pero todavía en las leyendas recogidas el siglo pasado se cuentan cosas que son «sin duda una supervivencia del tiempo católico, cuando se llevaba la cruz en procesión en muchas ceremonias.»⁵

Sabes también lo cerca que estaba el Reino de Dinamarca para don Quijote:

Ya te he dicho, Sancho, que no te dé eso cuidado alguno; que cuando faltare ínsula, ahí está el reino de Dinamarca, o el de Sobradisa, que te vendrán como anillo al dedo, y más que, por ser en tierra firme, te debes más alegrar⁶.

De todo esto te contaré más cuando termine el trabajo sobre las relaciones entre españoles y daneses en el siglo xvii y solamente a través de la literatura.

Hay otro campo de contactos que son básicos y que pertenecen al campo de la política internacional y de la economía, campos que yo no conozco⁷.

Puedo adelantarte que Christian IV (1588-1648) quiso probar si era cierto que no se podían ni destruir ni quitar las tres cruces de hierro que habían sido eri-

² Vicente Almazán, *Gallaecia Escandinavica*, Vigo, Galaxia, 1985, págs. 86 y ss.

³ Tue og Bodil Gad, *Rejsen til Jacobstland*, 1975, págs. 59 y ss. G. Knudsen, *Hellige Anders, Sorø Amts Historiske Aarboger*, 1912, s. 10. citado por T. og B. Gad. Ver Almazán, o. cit. págs. 165-179.

⁴ O. cit., p. 159.

⁵ *Danske Sagn*, III, B. 26, 1124.

⁶ Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*. Primera Parte, cap. 10 (p. 151 en la edición de L. A. Murillo, Madrid, 1978, Clásicos Castalia).

⁷ José María Alegre, *Las relaciones hispanodanesas en la primera mitad del siglo XVIII*, Copenhague 1978. Études romanes de l'Université de Copenhague, nr. 14.

gidas en la parroquia de Ondløse, cerca de Merløse, en memoria de los poderes curativos del agua de una fuente sagrada. Cuando el rey oyó hablar de la fuente deseó llegar hasta allí, desenvainó la espada y dio un golpe con ella en una de las tres cruces.

Su espada que había pertenecido a los cuatro reyes anteriores a él saltó hecha pedazos, mientras que la cruz permaneció intacta. Al ver esto se llenó tanto de ira que mandó echar por tierra las cruces. Sin embargo, al día siguiente, de forma milagrosa, estaban de nuevo allí⁸.

Un cura que intentó cambiar de sitio una de las cruces, pagó por su imprudencia con la rotura del cuello, otro que intentó enturbiar las aguas limpias de la fuente, se volvió loco antes de haber logrado llevar a cabo su intento.

El informante dice que cuenta lo que sabe, según relaciones escritas, unas por párrocos, otras por otros que no lo eran, pero que, en todo caso, somete lo que cuenta al juicio del lector. Estamos ya en el siglo XIX y el informante percibe de otra manera las cosas.

Muchas de estas fuentes sagradas han dejado de visitarse ya desde 1885⁹. Sus aguas, a veces, sólo tienen fuerza y poder curativos dos noches y tres días, por San Juan —la noche del 24 y la del 25 y los días 23, 24 y 25 de julio— como la fuente de Skjørping¹⁰.

Ahora solamente quiero decirte que los españoles que vinieron a Dinamarca a principios del siglo XIX no eran santos, ni pacíficos, ni peregrinos. Pero tampoco bárbaros, como vas a ver. Eran los soldados que envió Napoleón junto con los soldados franceses. De ellos hay huellas —pero no tantas como yo pensaba— en las leyendas danesas.

A estos soldados españoles se hace referencia, todavía hoy, sin mala idea pero con cierto tono de picardía cuando se habla, medio en broma, pero también medio en serio, de los daneses y danesas morenos, o rubios con ojos oscuros y que son personas con temperamento. Temperamentales a la manera mediterránea, meridional.

Sin embargo, a pesar de las explosiones temperamentales de estos soldados y de algunos sustos y pasmos de los que eran causa, como verás, no he encontrado en las leyendas que al llegar los españoles tuvieran que huir las mujeres danesas. Más bien al contrario. Cuando se habla de la presencia de los suecos al norte de Skandenborg y Silkeborg se menciona, en relación con los cosacos que

Aquí ha habido tal invasión de cosacos que las mujeres han tenido que huir al pantano de Rævsgård¹¹.

⁸ *Danske Sagn*, III, B, 26, 1133.

⁹ *Ibd.*, 1142.

¹⁰ *Ibd.*, 1153.

¹¹ *Ibd.*, IV, A, 13, 334.

A los cosacos sí que debían de considerarlos terribles, a juzgar por las leyendas. Más terribles que a los suecos. Los suecos eran, a su vez, menos temidos que los polacos; al fin y al cabo los suecos no tenían interés en destruir las tierras que consideraban suyas. Pero las leyendas sobre las múltiples guerras entre los dos países no los pintan con los mismos matices que a los españoles, hacia los que se muestra bastante simpatía.

No voy a entrar aquí en los pormenores de esta guerra, porque, además de no ser este el lugar para hacerlo, no sé sobre ella todo lo que hay que saber para hablar de forma un poco autorizada; quiero sólo que veas en qué marco llegaron aquí los españoles.

Los soldados españoles llegaron aquí contra su voluntad. Napoleón en su afán por aislar a Inglaterra había decretado el *bloqueo continental* (noviembre, 1806) con el fin de cerrarle a Inglaterra todos los puertos de Europa. Para que ni un solo producto europeo llegase a Gran Bretaña necesitaba ser dueño de, o al menos poder controlar, todos los puertos de Europa. En la lucha entre Francia e Inglaterra, Dinamarca y Noruega estaban en 1807 «como un piojo entre dos uñas»¹². Dinamarca temía que, tras la derrota de Trafalgar, Napoleón pudiera pensar en una flota dano-noruega, flota de la entonces doble monarquía Dinamarca-Noruega, que había logrado estar fuera del conflicto político europeo casi durante más de un siglo. Cada vez se hacía más difícil el poder permanecer neutral. Inglaterra temía también que Napoleón pusiera sus ojos en la flota dano-noruega y decidió obrar con rapidez.

La flota inglesa llegó al Sund en los últimos días del mes de marzo de 1807, pasó el castillo de Kronborg y ancló en Copenhague. El 7 de agosto de 1807 el enviado inglés Francis Jackson buscó en Kiel al ministro danés de asuntos exteriores Christian Günther Bernstorff y exigió la entrega de la flota dano-noruega. Copenhague fue sitiada y bombardeada y los daneses se encontraron, además, con un nuevo tipo de armas que no se usan por las naciones civilizadas — «ikke plejes at bruges af policerede nationer»¹³.

Copenhague fue bombardeada por los ingleses la primera vez el 2 de septiembre de 1807. Este bombardeo preocupó a toda Europa.

A comienzos de marzo de 1808 envió Napoleón a Dinamarca tropas de ayuda, tropas compuestas por diversos regimientos. Con los franceses vinieron los españoles, obligados por Napoleón. No es que Napoleón deseara ayudar a Dinamarca, pero Dinamarca era una pieza en su juego político.

¹² Lars Lindeberg, *De så det ske englandskrigene 1801-1814*. Copenhague, Lademann, 1974, p. 90.

¹³ Del informe del general Peyman, citado por Lindeberg, o. cit., p. 106. Además de la bibliografía histórico política, que no es pertinente aquí, esta ocupación y bombardeo está en toda selección de hechos cumbre que han tenido lugar a través de la historia de Dinamarca. Así en el clásico A. D. Jørgensen (n. 1840), *40 fortællinger af fædrelandets historie*, København 1981, págs. 275-284 (1. ed. 1882). En el libro citado en la nota anterior puede verse una amena información, para no especialistas, sobre muchos aspectos de esta guerra.

Cuando los soldados españoles que estuvieron aquí, regresaron a España fue para luchar, claro está, contra Napoleón y contra los franceses. Los viajeros daneses que visitaban España entonces, así como los daneses que participaron voluntariamente en la lucha, han dejado muchos testimonios sobre los españoles.

La llegada de las tropas debió de asustar mucho a los daneses, que no estaban informados. El rey Christian VII (1766-1808), mentalmente inestable, no había sido advertido de la llegada de las tropas españolas y murió del susto en Rendsborg el 13 de marzo de 1808. Le sucedió su primogénito Frederik VI (1808-1839).

La llegada de las tropas debió producir también una ola de interés ante lo desconocido y que muy pronto se mostró ser tan chocante y diverso.

El día en que se esperaba el primer batallón del regimiento de Asturias yo corrí muy temprano para ver las tropas, en medio de un viento que venía del oeste y que mordía, hasta una taberna situada a una milla de la ciudad. Yo, que era la única persona en Flensborg que podía hablar español, había prometido hacer de intérprete. Ahí venían los apuestos españoles por el llano, frío camino, todos engalanados contra el frío del modo más singular y con las maneras más puramente españolas, sin dárseles nada de la compostura propia del soldado¹⁴.

Otro danés escribe que, precisamente fue a través de un soldado español como supo de la muerte del rey. Se ve por lo que escribe, que los soldados españoles venían dispuestos a hacerse entender y que estaban lejos del complejo ante la lengua desconocida y se ve también que los daneses de entonces estaban dispuestos a entender lo que les decían:

Por el primer español que vino a mí, tuve el primer informe de la muerte del rey. Torció la cabeza sobre la mano extendida y dijo: «El rey caput» y me miró con ojos desconsolados¹⁵.

Las chicas se enamoraban de los apuestos soldados franceses y de los apuestos soldados españoles. Refiere Lindeberg que

En Magleby, en Langeland la mujer del cura [pastor, párroco] encontró un día a la cocinera deshecha en llanto. Contó que iba a tener un niño con un español que estaba alojado en la casa parroquial. La mujer del párroco intentó consolarla, pero, por lo visto, había malentendido la situación. La chica no lloraba porque hubiera de tener el niño, sino porque ¿cómo iba a poder entender lo que hablara cuando naciera?¹⁶

Lindeberg recoge otros testimonios en esta dirección. Parece que a los españoles les gustaba jugar con los niños de la escuela, mientras éstos estaban en el recreo. A las gentes les chocaba que el cocinero de los soldados amasase pan de

¹⁴ J. G. Rist, citado por Lindeberg, o. cit., p. 164.

¹⁵ C. F. Schumacher, citado por Lindeberg en *Ibd.*

¹⁶ Lindeberg, o. cit., p. 168.

trigo, asara gallinas o hiciera ensaladas aderezándolas con aceite. Claro, que el rechazo era mutuo; por lo general a los españoles no les gustaba la comida danesa, aunque les gustaban algunos platos que los franceses no podían soportar.

Un capellán de Ringsted señala que, aunque bullangueros, los españoles respetaban la siesta

tanto los oficiales como los soldados, y en las horas del mediodía todo estaba en silencio. Pero por la tarde rebullía todo, entonces estaban sentados o echados en grupos en las aceras, fumaban su tabaco con el que, enrollándolo en papel formaban cigarros, subían hasta los nidos de los pájaros para coger los huevos o los polluelos, y cazaban gatos que luego asaban¹⁷.

Como puedes ver, su comportamiento era chocante y poco ejemplar.

Los testimonios sobre los españoles abundan en los escritos de la época. Pero estos escritos no pertenecen al campo de las leyendas populares. Recojo aquí sólo una referencia por lo ilustre que es el referente: Hans Christian Andersen recuerda que

Un día un soldado español me cogió en brazos y apretó contra mis labios un retrato de plata, que llevaba sobre su pecho desnudo. Recuerdo que mi madre se puso furiosa, porque era algo católico, dijo, pero a mí me gustó el retrato y el hombre extranjero, que bailaba dando vueltas conmigo en los brazos, me besaba y lloraba; seguramente tenía hijos en España¹⁸.

Todo esto explica bien la diversidad de opiniones que, sobre los españoles, podemos encontrar en las leyendas danesas.

Es verdad que los soldados acuartelados en Skalkendrup asustaron a los daneses por su reacción ante el almíbar. Pero no siempre fueron violentos, según las leyendas. Impresionaron a los daneses porque eran respetuosos y se arrodillaban ante la cruz, símbolo desconocido y que impresionaba a «todos aquellos que no han estado en los países católicos y no han visto nada parecido». El informante de la leyenda que traduzco a continuación es nada menos que el Pastor dr. Phil. K. F. Wiborg (1813-85)¹⁹.

Cerca de Skovsbo hay un crucifijo a la orilla del camino; el crucifijo causa singular impresión a la gente que no ha estado en los países católicos y no ha visto nada parecido. En Skovsbo vivía una señorita Rönnow casada con Erik Hardenberg (?) [sic], esto es, hacia 1570-80. Era melancólica casi hasta los límites de la locura. Un día fue de paseo por el camino hacia la iglesia, se sintió cansada y se sentó en una piedra,

¹⁷ *Ibd.*, p. 168.

¹⁸ *Ibd.*, p. 168.

¹⁹ *Sin fronteras*. Homenaje a María Josefa Canellada, pág. 493, nota 84. A partir de aquí omito toda referencia a los informantes. Pueden encontrarse en *Danske Sagn*, VIII; en este volumen dedicado a los índices se recogen los nombres de los informantes, los topónimos y se ofrecen las llaves topográficas.

donde se quedó dormida. Entonces le pareció que se le manifestó el Salvador ante ella y ella le pidió que la curara. Luego se despertó y, desde aquel momento, estaba curada, entonces hizo erigir la figura del Crucificado a la orilla del camino. Algunos dicen que ella prometió al Señor hacerlo, en el caso de que quisiera curarla, otros dicen que ella lo hizo después, en agradecimiento y que destinó una finca en el pueblo de Urup para el mantenimiento de la cruz, con la obligación, para los futuros dueños de la finca, de hacerse responsables de que los ingresos de la finca se emplearan en el mantenimiento de la cruz. Pero, más tarde, la finca fue vendida y de esta manera el crucifijo fue dejado a la buena voluntad del propietario, puesto que no había un escrito anterior que obligara al buen mantenimiento. Pero tampoco se necesita.

En cuanto la cruz empieza a deteriorarse empieza también un insufrible desorden y alboroto en la finca y de no evitarlos terminan, sin falta, con la muerte del dueño o de la señora de la casa. Así ha sucedido varias veces. Por eso, por regla general, la cruz es mantenida en buen estado.

Cuando los españoles estaban aquí en el país, se arrodillaban a diario ante ella. En cambio la gente del contorno y los peones que trabajaban en Skovsbo, cuando por la tarde vuelven a casa del trabajo, suelen pasar silenciosos por delante de ella. Uno solo se lleva, sin que nadie lo vea, los dedos al gorro, cuando le es posible²⁰.

Hay otras referencias a la cruz de Skovsbo y a su leyenda, pero los informantes no mencionan a los españoles.

Durante este periodo

en una finca de Vorbasse, que se llama Slav, los enemigos asaron un buey, y todavía existe quemado en una viga un lugar que recuerda esto. Parece que no eran los suecos, sino los españoles los que hacían esto. Los españoles querían gatos para comer²¹.

En el bosque de Halling ha sido asesinado y abandonado por los habitantes un caballero español. En el bosque había una finca que se llamaba Jungstrup, y fue, posiblemente, el dueño de Jungstrup el que se peleó con el español y lo mató²².

De las causas de la pelea nada dice el informante.

Los españoles que llegaron a Dinamarca, no entendían alemán. Por fortuna Lars Smed entendía el español. Un buen ejemplo de la necesidad de los intérpretes y las ventajas del viajar:

Lars Smed en sus años jóvenes, hasta los treinta de su edad, había servido en casa de un hermano del entonces dueño de Ravnholt. Era legado danés en el extranjero y allí había estado Lars Smed durante muchos años con su señor. Por su prolongado y fiel servicio recibió hacia 1700 una finca en Ryslinge, que pertenecía al conjunto de tierras de Ravnholt. Cuando un destacamento de tropas españolas, que Napoleón mandó aquí en 1808, llegó a Ryslinge se dirigió al alcalde pedáneo de la ciudad, Jørgen Hansen, para ser alojado. Pero éste sólo conocía de lengua extranjera una palabra alemana «zwei» y despachó el acuartelamiento de los españoles así: «zwei mand her, og zwei mand der» [dos hombres aquí, dos hombres allí]. Pero los

²⁰ *Danske Sagn*, III, B, 25, 1036.

²¹ *Ibd.*, IV, A, 11, 288.

²² *Ibd.*, IV, A, 11, 289.

españoles no entendieron esto y cuando se vio que era imposible arreglar de este modo el alojamiento, se envió recado a Lars Smed para que fuera, quien por su estancia en el extranjero podía hablar español. Llegó y arregló el acuartelamiento²³. Cuenta la gente que cuando los españoles en 1808 estuvieron aquí, prendieron fuego al castillo de Kolding para quemar en su castillo al Príncipe de Pontecorvo, pero no lograron su intento puesto que el príncipe se salvó por un pasadizo que iba desde el castillo, pasando por debajo del lago del castillo, hasta Dyrehavsgården, y después huyó a Suecia y llegó a ser rey²⁴.

Esto es todo lo que he encontrado sobre los españoles dentro de la colección de leyendas; sé que hay más cosas, pero ya fuera de la colección de leyendas que yo he manejado.

Como sabes, John ha estudiado, con la precisión habitual en él, la presencia del teatro clásico español en Dinamarca. Él me ha hablado del gran interés por la cultura española desde finales del siglo pasado y principios de éste. Pero yo no conozco lo que quizá pudiera rastrearse en relación con la recepción del mundo español en la prensa, en los relatos de viajeros o en otros ámbitos fuera del mundo estrictamente intelectual y artístico, y ya más avanzado el siglo. Sin duda hay una relación entre el concepto que se tuvo en este tiempo sobre los españoles y el interés por ellos. Pero me falta todavía el eslabón que pueda unir este interés con la estancia de los españoles aquí en 1808 y el interés por lo español a partir del segundo tercio del siglo. El interés por el teatro tiene que ver más con el mundo cultivado e intelectual de Copenhague, como se deduce de las palabras finales del trabajo de John:

Como se desprende de lo expuesto en las páginas anteriores, el conocimiento directo a través de representaciones y traducciones se debe en Dinamarca a pocas personas. En cuanto a las representaciones, la época de más obras españolas en cartelera es el segundo tercio del siglo XIX. Es la época en que Johan Ludvig Heiberg dominaba la vida cultural del país, a partir del año 1839 fue el censor del Teatro Real, su director entre 1849 y 1856, y censor de nuevo hasta su muerte (1860) ... Su esposa, Johanne Louise Heiberg era la primera actriz del país. Con ellos hubo un incremento en el interés por la cultura española en Dinamarca. Él alentaba las representaciones de los dramaturgos españoles y en casi todas, ella hacía el papel principal femenino. Ella era consultada por la traductora Sille Beyer cuyas versiones recibían muchos elogios. Si las obras duraban poco en cartel, se debe más que nada a la mala representación que hacían los actores que no sabían cómo representar el papel del galán español. La señora de Heiberg siempre era muy aplaudida en sus papeles de dama española²⁵.

Pedro, ahora te dejo. Cuando tenga amañadas mis ideas sobre las que tenían sobre nosotros los viajeros españoles que visitaron España en esta época te las

²³ *Ibd.*, IV, A, 11, 290.

²⁴ *Ibd.*, IV, A, 11, 291.

²⁵ John Kuhlmann Madsen, «El teatro español en Dinamarca» en *Tirsiana* (Actas del coloquio sobre Tirso de Molina, Copenhague 22-24 de noviembre de 1984), pág. 115. Eds. Berta Pallares, John Kuhlmann Madsen. Copenhague, Instituto de lenguas románicas - Madrid, Editorial Castalia, 1990. El artículo completo abarca las páginas 99-117.

haré llegar, si todavía para entonces tienes interés por saber de esta comunicación en la que yo llevo pensando ya tantos años.

Es un latazo esto de no tener claro el modo de comunicación entre las dos orillas. Que lo hay está claro, pero en todo caso el único que yo tengo es éste.

Como tantas otras veces, te mando un largo abrazo con el cariño de los ya tantos años de amistad.

